

Los juegos de representación: una forma de educar la libertad.

JORGE GARCÍA OCÓN

1. Introducción

Son muchas las páginas que se han escrito sobre la educación de la libertad desde hace siglos. No en vano, la libertad es el don más preciado que ha recibido el ser humano. Ha sido bandera de muchas revoluciones y, sin duda, la apreciación por nuestra parte de su pérdida es una de las situaciones más dolorosas que podemos vivir.

Lo que en este estudio se pretende es una breve aproximación del conocimiento de los juegos de representación cómo medio para educar la libertad. ¿Por qué puede interesar este tema? Existen varias razones.

En primer lugar, porque la libertad no es un absoluto que se consigue y se posee de forma plena, o se pierde totalmente. No es algo que se adquiere un día, se grita *eureka* y en adelante te puedes desentender. Como se acaba de decir, es un don recibido que cada cual debe desarrollar en cada una de sus decisiones. Puede decirse que el ser humano crece o mengua en el ejercicio de su libertad. Es un camino sin fin en esta vida, pues siempre se puede mejorar o empeorar. Es un camino en el que se aprende a usar mejor o peor el don recibido. Por ello, el uso personal de la libertad debe ser aprendido.

En segundo lugar, porque sólo podrán educar en libertad personas capaces de hacer un buen uso de esta y que, por tanto, hayan sido educadas en este sentido. El debate sobre la libertad de familias y centros educativos para educar es estéril y nunca llegará a buen puerto si no se educa a la sociedad en un correcto ejercicio de la libertad. En gran parte, el problema que se vive hoy en día se debe a la equivocación sobre qué es la libertad y para qué sirve. Desde la época de Rousseau, el ser humano ha insistido

en anteponer el bienestar de su propio pescuezo y sus comodidades a las demás cosas. La libertad se ha limitado a la capacidad de ser autónomo para conseguir sus propios intereses, su único bien. Se ha hecho famosa la sentencia “mi libertad termina donde empieza la del otro”, disfrazada de respeto a los demás, pero escondiendo una concepción negativa del ser humano que solo es capaz del conflicto en su relación con los demás; concepción desde la que es fácil entender la obsesión de muchos por el control de lo que otros hacen, deseando que el Estado pueda intervenir en cada vez más esferas de nuestra intimidad como en los peores totalitarismos. Se ha conseguido tapar la idea cristiana de que cada uno de nosotros hemos sido creados para amar, acción en cuyo ejercicio reside nuestra felicidad. Se ha olvidado que el don de la libertad se nos ha dado para amar, que ese don crece en nosotros cuando buscamos el bien y disminuye cuando no lo usamos con este fin. La libertad de cada persona no termina donde empieza la del otro, sino que empieza en el otro. Necesitamos al prójimo para ser lo que queremos ser. Si queremos vivir en libertad debemos educar la libertad.

Por último, el escoger los juegos de representación para el fin ya dicho, no se debe a que se considere la única forma. El artículo indeterminado “una” que aparece en el título de este trabajo es intencionado. No obstante, es cierto que es una herramienta de éxito probado durante siglos. No es nueva e incluso hoy se ha puesto de moda con la llamada, para que parezca algo nuevo, gamificación (hasta hace poco conocido en nuestra lengua como jugar). En una búsqueda rápida por internet puede observarse que se utiliza para desarrollar el lenguaje, aprender actividades nuevas, representar experiencias, disminuir la inhibición de algunos niños (o dicho de otra forma menos técnica, aprender a soltarse), etc. Todos ejercicios con fines muy buenos, pero que pierden de vista una de las partes fundamentales de este tipo de juegos: el asumir responsabilidades.

Por todo lo visto, lo que se persigue con este trabajo es reivindicar la utilidad de una forma de educar la libertad. Para ello, se estudiará la experiencia acaudalada por la pedagogía ignaciana y el ejemplo de su puesta en práctica en la primera mitad del siglo XX en el Colegio jesuítico de Areneros, a través de su Congregación Mariana de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao (C. M.). Tras la guerra del 36, esta había sido reorganizada para los últimos cuatro cursos. Supuso un papel extraordinario en la vida de Areneros, siendo una experiencia espiritual alabada por las autoridades de la Compañía y que tuvo como principal impulsor a su Director, el P. Antonio Martínez.

2. ¿Por qué educar la libertad?

Desde la aparición de la autoproclamada Escuela Nueva en el siglo XIX, se había puesto de moda la máxima de “educar la libertad por la libertad”. Así lo reivindicaban pensadores como Tolstoi en su obra *Dos generaciones*. (Tolstoi, 1901, 96-98)¹. Como si del “buen salvaje” se tratase el alumno debía campar a sus anchas para crecer. Un problema encerraba esta máxima: los alumnos no sabían hacer uso todavía de su libertad, de lo contrario, ¿por qué educarles? Por tanto, no era cierto que se les pudiera dejar libres para que practicasen por sí mismos sin ninguna guía ni dirección.

La pedagogía ignaciana partía de la idea de que la libertad no era el comienzo de la tarea educativa, sino el final, por lo que no se podía tratar al alumno como si de un adulto se tratara. En un artículo publicado en *Razón y Fe*, el P. Izaga exponía que sostener esta idea como principio pedagógico era una «refinada hipocresía, porque la razón de la educación es precisamente la inconsciencia, la indigencia física y moral del hombre, incapaz en sus primeros años de ser árbitro de sí mismo.» (Izaga, 1940, 120) Así, el niño se encontraba incompleto para ejercer su libertad, es decir, no poseía la formación suficiente, por lo que no podía adquirir la formación para el uso de su libertad siendo libre porque carecía de la capacidad de serlo. Al respecto también se pronunciaba un jesuita que firmaba una carta al Director de *Avance* como C. J.: «Según mi entender lo que hace falta no es dejar al alumno en libertad para que haga o deje de hacer una cosa: v. gr. Estudiar, ir a Misa, etc., sino enseñarle el porqué de las cosas que hace, siguiendo la distribución y normas del Colegio, de tal manera que, sin dejar nunca de hacerlas vaya evolucionando interiormente, queriendo lo que hace, insistiendo en ello hasta que actúe por convicción y espontáneamente. Cuando llegue a hacer las cosas no porque se las imponen sino porque quiere, habremos alcanzado uno de los fines de nuestra educación». («Cartas al Director», 24, 1955)

Subyacía en estas ideas la obra de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, fundamento de la pedagogía ignaciana. La misión del maestro era la de guiar al alumno en la tarea de ordenar sus afectos hacia el fin para el que había sido creado: “(...) alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; (...)”. (de Loyola, 2000).

1 La idea que subyacía en el texto era la expansión libre de las potencialidades del alma infantil, si bien, era mayor su desconfianza hacia la autoridad del adulto. Para Tolstoi la escuela únicamente debía instruir a los niños en aquellos saberes técnicos que le serían útiles para toda la vida. Rechazaba cualquier tipo de educación, la cual debía ser espontánea, “brotando” del propio individuo en su relación con los demás. Educar a alguien era para Tolstoi una forma de coacción deliberada.

Estas reflexiones en torno a la educación de la libertad fueron desarrolladas de forma teórica por algunos jesuitas de este tiempo, como el P. Antonio Encinas, el P. Herrera Oria, el P. Ayala (Ayala, 2002) o el P. Belda.² Todas tuvieron una gran influencia en el pensamiento del P. Antonio Martínez y la práctica que llevó a cabo como Padre Espiritual en el Colegio de Areneros.

3. Los juegos de representación en la pedagogía ignaciana

Como en todo juego, la Congregación se regía por unas Reglas, en las que se establecía una *regula vitae* y un diseño orgánico para el funcionamiento de la comunidad, estando los cargos para su gobierno ocupados por los mismos niños. Cada miembro de la Congregación tomaba un papel, asumiendo una responsabilidad, y colocándose en una situación en la que tendría que hacer uso de su imaginación ante las dificultades que se le presentasen. De esta forma, la C. M. era una sociedad infantil, con su autoridad, sus leyes, sus mandos, sus subordinados, y con sus propios ritos, entre los que destacaba el rito de admisión de nuevos Congregantes.

Estos juegos de representaciones eran posibles, señalaba el P. Martínez, gracias a que tenían «por base y fundamento el instinto natural del niño a agruparse para jugar y al gusto y atracción por el juego de representación. (...) El niño goza en jugar a hombre y en las cosas de hombre, máxime si el esfuerzo o trabajo de imitación, sin aparecer imitación, se reduce a escala y se le construye un andamiaje a su medida que él pueda practicar, sobre todo si es con riesgo». (Martínez, 1966, 30)

Una de las preocupaciones del P. Martínez era el intento de solucionar el problema que suponía el elevado número de alumnos que tenían muchos de los colegios jesuíticos. Lo que él denominaba la «masa de alumnos». De la siguiente forma, exponía este problema: «Dificultades de la masa que todo lo obstruye y malogra; porque, con la masa, viene la masificación y, con la masificación, la despersonalización y, con la despersonalización, la pérdida de toda “moral de educando”... y, sin “moral de educando”, ¿cómo se puede educar?» (Martínez, 1966, 88) Era el mismo problema que a lo largo de los siglos habían intentado solucionar distintas corrientes pedagógicas: el scoutismo de Baden Powell, la Escuela Nueva y algunas instituciones de enseñanza media, entre las que destacaba la experiencia de los Equipos de San José de Reims. Para el P. Martínez todos ellos habían intentado

2 Algunas de las obras de Enrique Herrera Oria son: *La enseñanza de la Historia en el bachillerato* (1927), *Buscando un ideal* (1929), *Cómo educa Inglaterra* (1930), *Cómo educa Suiza* (1943), *Historia de la educación española desde el Renacimiento* (1943), *Norteamérica al día* (1947) y *¿Sabe educar España?* (1947).

vencer la masa, corregir la despersonalización, crear un ambiente más parecido al de una familia que al de un cuartel. No obstante, estos objetivos habían sido conseguidos siglos atrás por los educadores de la Compañía de Jesús mediante dos instrumentos, la dirección espiritual del niño y las Congregaciones Marianas.

Con el fin de afrontar este problema, el P. Martínez exponía la necesidad de «llegar a la experiencia personal del educando en su propia formación». Es decir, que el alumno concibiera la formación que recibía como algo propio, como una labor en la que él también debe participar de forma creativa, no como un mero agente pasivo. Se trataba, por tanto, de conseguir que primase la iniciativa y superación del alumno por encima de presiones que le vinieran desde fuera. No obstante, ¿cómo conseguir que la motivación partiera del propio alumno? Ante este interrogante, el P. Martínez recurría a los instintos: ante una situación de masificación y acuartelamiento «los instintos sociales del joven, no satisfechos, prestarían una gran ayuda. Instintos a la vida comunitaria, a pesar de su repliegue interior y de su rebeldía, a asociarse espontáneamente en el grupo, en la panda, no para buscar refugio a la indolencia y a la indisciplina; antes, al contrario: una mayor y mejor disciplina que le prepare para su vida futura y le haga gustar los goces de la entrega y la generosidad. Una generosidad continua en cosas pequeñas y una disciplina interior y consentida, ya que en toda familia ordenada habrá siempre o deberá haber una disciplina familiar que sea más una respuesta interior del corazón que una exigencia de la autoridad». (Martínez, 1966, 27)

La única forma de educar la libertad era en un ambiente familiar, pues sólo así era posible crecer en relación con otros, en el servicio a los otros. Sobre esta base, la C. M., con su juego de representaciones, permitía al niño tomar iniciativas de forma voluntaria, que eran producto de una concesión de confianza del educador al educando, concesión que para éste era una llamada a la superación. De esta forma, el niño adquiriría mayor confianza en sí mismo, al tiempo que asumía responsabilidades que eran producto de las acciones que libremente había tomado. Así, se conseguía desarrollar en el niño el trinomio «confianza-libertad-responsabilidad». (Martínez, 1983, 84-89)

El P. Ayala manifestaba con las siguientes palabras el logro que suponían estos juegos de representación:

«Porque os formáis con el hábito de vuestra responsabilidad.

¿Y qué es eso? Acostumbraros a manejar desde ahora, a mandar respondiendo de lo que hacéis. Y con qué fin lo hacéis.

Hubo un tiempo en que a mí se me formó en el hábito de la desconfianza.

¿Eso qué es? Hacerlo todo a toque de campanilla.

De modo que no podíamos hacer nada por iniciativa propia.

Así, los hombres son sólo muñecos. Vosotros, por el contrario, gracias a Dios, os educáis como hombres en pequeño.

Lo hacéis todo por cuenta propia, como si hubieseis de dar cuenta no sólo a Dios, sino a vuestros superiores.» («Entrevista al P. Ángel Ayala», 1957, 2)

4. El funcionamiento de una Congregación Mariana para educar la libertad

Organización de la Congregación Mariana

Dentro del juego de representación y con el fin de que la C.M. tuviera una organización, se desarrolló una forma de autogobierno mediante una Junta dirigida por los propios congregantes. A diferencia del juego de reglas fijas, en que cada cual debe actuar según unas normas preestablecidas, en el juego de representación cada cual asumía un papel y las responsabilidades que llevaba implícitas. Cumplir con esta responsabilidad suponía ser creativo en cuanto debían tomarse decisiones ante situaciones nuevas que no estaban previstas.

De acuerdo con esta base, el autogobierno consistía en «obediencia de unos a otros; pequeñas pero verdaderas responsabilidades que supongan confianza en sus fuerzas dentro de una cierta libertad de movimiento; objetivos comunes a conseguir con esfuerzo distribuido y regulado; cuidado y sacrificio con los compañeros de panda; conspiración por un bien común; trabajo personal apoyado en la vida de comunidad; solución de pequeñas y aun grandes dificultades, muchas veces imprevistas, para despertar la acometividad y desarrollar el espíritu de iniciativa, así personal como de grupo, etc.» (Martínez, 1986, 189)

La Junta de Gobierno estaba formada por un Prefecto, Asistentes, Secretario, seis o más Consiliarios, Instructor de Aspirantes y Tesorero, los cuales eran llamados Oficiales mayores. Los miembros de la Junta eran elegidos por los mismos congregantes a propuesta de terna del Director, separadamente cada uno de los cargos. Los cargos se renovaban una vez al año, el mismo día de la Inmaculada, cuando se tenía la proclamación de la Junta.

Cuando la C.M. crecía en número se formaban grupos más pequeños dentro de ella, llamados Secciones, «donde con más facilidad discurre la

vida comunitaria y familiar de la Congregación». La Sección, señalaba el P. Martínez, eran una buena manera de formar un equipo apto para el juego de representación, el cual debía ofrecer un trabajo suficientemente variado, de tal forma que se pudieran repartir responsabilidades a todos. De este reparto surgiría la figura del jefe, como responsable de coordinar a todos los miembros de la sección-equipo, pasando a ser la responsabilidad de cada uno de ellos parte de una tarea con el mismo fin. Si la vida de la sección-equipo se hacía más permanente y duradera, sobrepasando el límite del tiempo pensado para su funcionamiento, se había creado un clima entre sus miembros ideal para el desarrollo del trinomio confianza-libertad-responsabilidad. (Martínez, 1966, 36) La forma de controlar por parte del P. Director y la Junta de Gobierno la marcha de cada Sección, era mediante cuestionarios concretos sobre el asunto. Esto además permitía que los congregantes fueran más conscientes de sus responsabilidades, pues debían firmar el parte. («Editorial», 1948, 536).

Existieron varias secciones, prensa, ropero... pero destacó la Sección de la Sala, pues toda familia necesita su hogar y todo juego su escenario. La sala se percibía como «el centro de la vida activa del congregante. Es el hogar de la Congregación, medio indispensable para esa fraternidad que debe reinar entre todos, y no tomándola como un centro más de diversión y gamberrismo...» («Sección de Sala», 1956, 4).

Fines y medios de las Congregaciones Marianas

Se ha explicado hasta ahora la Congregación como sociedad infantil en la que se desarrollaba el juego de representación. No obstante, todo juego tiene un objetivo final que sirve de motivación principal. En este sentido, su fin era formar católicos que, desde una devoción a la Virgen, fueran capaces de vivir en el mundo de tal forma que éste se dirigiese a la mayor gloria de Dios, lema ignaciano por excelencia. Para conseguirlo, éste único fin se concretaba en tres fines de carácter más práctico: santificación personal, apostolado y defensa de la Iglesia, siendo los tres fines esenciales, si bien el principal era la Santificación personal y los otros dos secundarios respecto a éste. (Manual de Congregantes, 1949, 73-74) (Congregación de la Inmaculada Virgen María, San Luis y San Estanislao, 1942, 44) Santificación personal porque era el deseo primero y último de Dios para cada persona, obra suya, y porque era condición necesaria para llevar a cabo los otros dos fines.

En estos fines residía la clave principal del éxito de la Congregación de Areneros. Estaba en juego la salvación, no solo del alma propia, sino de todas aquellas almas que rodeaban al congregante. ¿Cabía mayor motivación?

Para conseguir estos fines, se dispusieron una serie de medios que pueden clasificarse en vida de piedad, estudio y apostolado.

Las principales prácticas de piedad eran aquellas que formaban la Regla de Vida y que solían consistir en: hora fija de levantarse, ofrecimiento de obras, 15 minutos de meditación, Misa y Comunión, Rosario, Examen de conciencia, confesión con confesor fijo, sabatina, práctica de los Ejercicios Espirituales todos los años, y trato habitual con un director espiritual (R-34, R-36, R-39). («Reglas de las Congregaciones Marianas», 1957, 1)³

En cuanto al estudio, con cierta frecuencia, se realizaban Academias. Las Reglas señalaban su conveniencia, particularmente en las Congregaciones de estudiantes, con el fin de que «los jóvenes se ejerciten en trabajos científicos, literarios, artísticos o económicos, para el mayor aprovechamiento en sus respectivos estudios o profesión, y para adquirir cierto criterio bajo la dirección de personas competentes en las cuestiones relacionadas con el dogma y moral católicos». (*Manual de Congregantes*, 1949, 28-29)

El apostolado repercutía en la formación espiritual, así como en la social de los congregantes. El apostolado tenía dos vertientes, el medio escolar y entre los pobres. En un principio se dedicó mayor atención al apostolado en el Colegio, entre los compañeros, «por creerlo más de justicia, más al alcance de todos, más hacedero y constante y, si cabe, más urgente». («El secreto de una Congregación ejemplar», 1940) Con el tiempo, cobraría cada vez más importancia el apostolado fuera del Colegio, especialmente las Catequesis, hasta el punto de convertirse en la actividad central, a la que se dedicaba una página entera de las cuatro que tenía *Acies*, la revista de la Congregación.

Además de estos tres medios, la vida en la propia Congregación fue un medio fomentado intencionadamente para favorecer el ambiente de familia. Así, se dio espacio al deporte, fiestas, convivencias...

Los nuevos congregantes

El ingreso en la C. M. se hacía mediante el rito de la consagración (Aldama, 1962), tras un período de postulante y de aspirante en el que se pretendía lograr un efecto psicológico en el futuro congregante de fuerte

motivación al paso que iba a dar. La consagración era un auténtico rito de iniciación y, por tanto, se integraba perfectamente en el juego de representaciones. La razón pedagógica del ritual que rodeaba al acto de consagración y admisión en la Congregación, era explicada por el P.

3 La abreviatura R se refiere a las Reglas Comunes de 1910.

Martínez: «La entrada en la Congregación era solemnísima y se la rodeaba de momentos de emoción y trascendencia, con el fin de que la entrada en la Congregación y la consagración a la Virgen calasen lo más hondo posible en unos corazones enardecidos en el amor a su madre.»

Era una consagración pública que hacía cada nuevo congregante de sí mismo a la Virgen, ante los demás congregantes, que formaban una sociedad jurídicamente constituida y ante la Iglesia, cuyo representante era un sacerdote con delegación oficial. Ello suponía, en primer lugar, que las responsabilidades del congregante eran asumidas ante la Congregación en su conjunto y toda la Iglesia. En segundo lugar, que el nuevo congregante dejaba atrás una vida propia del común para asumir otra nueva que entregaba a Dios por medio de su Madre. Asumía en el fondo un nuevo estado de vida en el que afirmaba que el camino más rápido y seguro para llegar a Cristo era la Virgen. Se trataba, a fin de cuentas, de seguir el fundamento de la pedagogía ignaciana, los Ejercicios Espirituales, siendo Cristo el modelo a quien asemejarse.

Conclusión

La educación de la libertad ha sido siempre una tarea compleja en la que conviene hilar fino si se quiere conseguir los resultados deseados. Si bien es un proceso que dura toda la vida, tiene un momento crucial en el periodo de la adolescencia. En esos años la persona vive cambios profundos en los que surgen grandes ideales y desea ser dueño de su propio destino, aunque no conoce bien qué camino tomar. En esa situación se hace necesaria la existencia de una guía que indique la dirección.

Toda persona necesita de sueños que perseguir para poder madurar como tal. Sin embargo, esos sueños pueden convertirse en utopías inalcanzables que llevan a asentarse en una posición cómoda pues para qué esforzarse en alcanzar lo inalcanzable. Es tarea del maestro mostrar ideales que cumplan dos condiciones: que ayuden a crecer como persona y que sean alcanzables. En una educación cristiana el ideal principal es la salvación eterna, la que nos dice el Evangelio que es imposible para el hombre, pero no para Dios. Tiene por tanto como base la confianza en Dios y por extensión en el maestro que muestra el camino hacia Él. Teniendo siempre como base los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, fue este el fin de la pedagogía ignaciana: ayudar a cada alumno a ordenar su ser hacia Dios.

Para lograr tal fin el alumno debía aprender a gobernar sus afectos, sus motivaciones, hacia el bien. El juego de representaciones aparece aquí

como un instrumento utilizado para dotarle de reglas y compromisos que orientase sus elecciones. El uso de la libertad se basaba por tanto en la obediencia al maestro desde la confianza de que lo que éste dispusiera era por su bien. La C. M. como juego de representación, con su organización, ritos, fines y medios aportaba esas reglas y compromisos.

La C. M. fue una verdadera familia en la que cada uno podía sentirse un miembro activo sobre cuyos hombros recaían diversas responsabilidades, algunas de las cuales podrían parecer difíciles y arriesgadas. Del cumplimiento de las mismas dependía el bien de los demás miembros y así se lograba que el alumno hiciese uso de su libertad hacia el bien, fin necesario para la mayor promesa que una persona puede recibir: la salvación del alma.

Son numerosos los testimonios de alumnos congregantes que abalan el éxito de lo que en este trabajo se ha expuesto. Hoy se insiste con frecuencia en que la educación sea vivencial y jugar a la vida era lo que hicieron los congregantes de Areneros. Hoy se insiste en que el alumno debe ser activo en su aprendizaje; y qué hay más activo que asumir el control de una actividad educativa. Hoy se acusa a los jóvenes de estar dormidos, estar excesivamente acomodados y carecer de ideales; y qué fin más alto puede tener una persona que el de colaborar en la Gloria de Dios siendo feliz en el servicio a los demás.

Vivimos en una sociedad de personas obsesionadas con la independencia a través del éxito económico; que buscan la propia comodidad; que confunden la felicidad con placeres efímeros; que se olvidan muchas veces de amar y servir; que les cuesta comprometerse pues el prójimo se ha convertido en un instrumento más para lograr el interés propio; que huyen del dolor a toda costa porque les recuerda que todo lo que construyen y consideran suyo puede acabarse en cualquier momento. Vivimos en una sociedad de personas absorbidas por su trabajo y su ocio a las que queda poco tiempo para la reflexión. Decía Fernando Sebastián, echando mano de la Sagrada Escritura, que los cristianos debemos “vivir en el mundo sin ser del mundo”. Pues bien, somos una sociedad absorbida por el mundo. Vivimos en una sociedad que ha confundido desde hace bastante tiempo libertad con autonomía egoísta. Vivimos en una sociedad pretendidamente democrática, pretendidamente libre, pero en la que aquellos en los que reside la soberanía tienen poco interés en formarse para la tarea.

Se hace necesario educar en el uso de la libertad para el fin con que fuimos creados. Si queremos respeto, solo lo encontraremos en

personas con actitud de amor y servicio capaces de ponerse en el lugar del otro y desear su bien. Si queremos leyes justas solo las encontraremos en legisladores que busquen la verdad desde la misma actitud de amor y servicio. ¿Por qué no empezar a trabajar en ello desde la edad escolar? ¿Por qué esperar a solucionar las cosas en la edad adulta?

Es lícito preguntarse si tiene cabida hoy en la vida escolar un juego de representación como lo fue la C. M. de Areneros. Muchos podrían responder que ya hay bastantes cosas que hacer en un colegio como para ponerse a organizar una actividad de semejantes dimensiones. Sin embargo, quizá en la manifestación de este inconveniente esté el origen del problema. En muchos colegios hoy en día, con muy buena intención, se inunda el tiempo y el espacio de actividades en sí mismas buenas, pero casi siempre guardando poca relación unas con otras, aunque son vistosas y dan una buena imagen. El porqué es que la mayoría son iniciativas individuales de profesores con deseos de hacer cosas nuevas. Se satura a los alumnos de datos y actividades, aunque no sea de forma intencionada, y lo que se logra es que pierdan el sentido de lo que hacen. Hay falta de coordinación, cuando se supone que el éxito de la educación depende de que todos los agentes que participan trabajen a una hacia un mismo fin. Se valora el éxito por las calificaciones, algo medible de lo que se puede hacer uso publicitario, porque cada vez son más los que creen tener la llave de la buena educación y menos los niños que nacen. Quizá se pueda poner muchas pegas a la implementación de un juego de representación de las características descritas, pero no puede negarse que fue un proyecto exitoso, con una visión global de la misión educadora y con el fin que todo colegio católico debería tener de cara a la sociedad: crear ciudadanos cristianos.

Creo que es necesario detenerse y pensar en lo que se está logrando hoy con la educación, pensar si lo que está sucediendo era lo que deseábamos o nos conformamos con la supervivencia. Quizá una mirada al pasado pueda ayudarnos a reconducir el camino, no por un sentimiento de nostalgia, sino por humildad.

Fuentes y bibliografía

- Aldama, J. A. (1962). Notas históricas sobre las dos antiguas fórmulas de consagración a Nuestra Señora de las Congregaciones Marianas. *ARSI*, 31, 153-163.
- Alonso, A. (1992). Evolución de los centros educativos de la Compañía de Jesús en España en los últimos 50 años. *La Pedagogía Della Compagnia di Gesù. Atti del Convegno Internazionale, Messina, 14-16 novembre 1991*, 209-226. Messina: E.S.U.R.
- Arzubialde, S. (2009). *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio. Historia y análisis*. Santander: Sal Terrae.
- Ayala, Á. (2002). *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Burrieza, J. (2016). *Curia. Un colegio en el exilio. La experiencia innovadora de los jesuitas españoles en Portugal tras su disolución por la Segunda República (1932-1936)*. Aranjuez: Xerión.
- Carmona, F. (1994). *La Compañía de Jesús y el liderazgo católico en la Barcelona de los cuarenta*. Granada: Universidad de Granada.
- Cartas al Director. (1955). *Avance. Boletín interno del Secretariado de los Colegios S. I. de España*, 18.
- Congregación de la Inmaculada Virgen María, San Luis y San Estanislao. (1942). *Memoria del curso escolar 1940-1941*.
- Corta, J. F. (s. f.). *Fomento de vocaciones en los colegios de la Compañía de Jesús*. Zaragoza.
- de Loyola, I. (2000). *Ejercicios Espirituales*. Madrid: Edapor.
- Del Pozo Andrés, M. del M. (2003). La escuela nueva en España: Crónica y semblanza de un mito. *Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 22-23, 317-346.
- Directorio-Reglamento de los colegios de la Compañía de Jesús en España*. (1963). Madrid: Prefectura Nacional.
- Editorial. (1948). *Noticias de la Provincia de Toledo*, 40, 535-536.
- El secreto de una Congregación ejemplar. (1940). *Estrella del mar*.
- Entrevista al P. Ángel Ayala. (1957, mayo). *Acies*, pp. 2-3.
- Izaga, L. (1940). La educación de las futuras generaciones. *Razón y Fe*, 509, 115-130.
- Manual de Congregantes*. (1949). Madrid: SIPE.
- Martínez, A. (1966). *Valor formativo de las Congregaciones Marianas en los Centros de Segunda Enseñanza*. Madrid: Isma.

Martínez, A. (1983). *Areneros 1940-1960. La educación espiritual en un colegio de jesuitas*. Madrid: ICAI.

Martínez, A. (1986). *Juan Leunis, fundador de las Congregaciones Marianas*. Madrid: ICAI.

Mullán, E. (1912). *La Congregación Mariana estudiada en los documentos*. Barcelona: Tipografía Católica.

Reglas de las Congregaciones Marianas. (1957, julio). *Acies*, pp. 1-2.

Sección de Sala. (1956, octubre). *Acies*, pp. 4-5.

Tolstoi, L. (1901). *Dos generaciones*. Madrid: Tipografía de Francisco Costa.